
□ □

DESPUES DE LA CONFERENCIA DE MADRID

□ □

PARA evaluar la Conferencia de Madrid, llena de problemas objetivos y rodeada asimismo de fuertes emociones políticas, es preciso en primer lugar desprenderse del halo especial que para los españoles ha supuesto el hecho de que se celebrara entre nosotros. De haberse reunido en Lausana (como era el primer proyecto) o en el Cairo o en Washington, el hecho en sí no hubiera suscitado el mismo grado de interés inmediato que la televisión y la vanidad nacional halagada, sobre todo, han mantenido tan vivo.

En verdad, para España ha sido la Conferencia una especie de espaldarazo internacional y de precedente para ocasiones futuras, por cuanto la razón de haber elegido Madrid ha estribado principalmente en la simpatía que con ambas partes, árabes y judíos, ha mantenido, pese a todo, nuestra historia. La misma expulsión de los judíos, desde los Reyes Católicos, que tanto tiempo nos hizo odiosos para el pueblo hebreo, ha quedado muy neutralizada en la historia reciente con el positivo dato de que, en el momento de la gran tribulación (Holocausto) de la II Guerra Mundial, ni un solo judío —a decir de ellos mismos— fuera entregado a Hitler por el gobierno español. Y de la relación hispano-árabe se pueden decir muchas más cosas positivas que negativas.

Por consiguiente, esta profesión de mediadores, que nos honra, también nos obliga y responsabiliza, especialmente porque nos introduce en un mundo de intereses superiores muy desatendidos por nuestra pequeña política doméstica y nuestra frecuentemente frívola despreocupación.

Tras este autorreconocimiento, hagámonos a un lado y miremos la Conferencia de Madrid, acontecimiento que ya terminó y deja un determinado saldo. ¿Favorable? ¿Desfavorable? Veamos.

Han sido frecuentes durante los primeros días de noviembre los elogios y ditirambos hacia el hecho fundamental de que ¡«por fin»!, o ¡«por primera vez»!..., se hayan sentado a parlamentar enemigos tan irreconciliables. Si esto es así como

□ □

suenan, no cabe duda de que se trata de un comienzo alentador al que han de seguir —puesto que «principio quieren las cosas...»— otros logros más sensibles y concretos en su momento. Si, en cambio, tras la mera plasticidad de las imágenes de «encuentro civilizado» en el salón de columnas del Palacio Real, permanece en las partes un ánimo irreductible, como lo demostraron las intervenciones judía y siria, puede que algún día se considere la Conferencia de Madrid como uno de tantos meros juegos de artificio.

Ya se han señalado todos los aspectos que se derivan de una u otra actitud. Otra cosa no sería realista. Pero siempre podemos esperar lo mejor, y decir, como el presidente Bush en su discurso de apertura, que no es inevitable una situación de conflicto permanente, que la paz sigue siendo posible...; que los ejemplos de Alemania y Francia, y de las dos superpotencias en la guerra fría, EE.UU., y la URSS, antes enemigos irreconciliables y hoy amigos y colaboradores, dejan esperar que judíos y árabes encuentren también el camino del apaciguamiento.

¿CUAL es la verdadera y actual situación? Los primeros escarceos dejan entrever que la política de Israel va a ser en adelante extremadamente defensiva. Siguiendo el principio «divide y vencerás», ha conseguido plantear para el futuro inmediato un conjunto de negociaciones bilaterales: Israel con palestinos, Israel con jordanos, Israel con sirios, Israel con libaneses. Dado que los problemas que afectan a cada una de estas unidades tienen siempre un carácter específico, es aceptable en principio tratarlos por separado, siempre y cuando se consigan éxitos, por pequeños que parezcan. Pero la diplomacia de Israel hará lo posible para diferir las resoluciones que más le comprometan. Esto puede considerarse como victoria de Israel.

Nadie duda de que sería preferible que en una conferencia general, según el planteamiento de los «copatrocinadores» (elegante denominación eufemística con la que se alude a la fuerza real con la que el presidente Bush ha forzado la reunión de Madrid), se hiciera un elenco global de problemas y se tratara de aceptar su paulatina solución de conjunto. El inconveniente para ello no radica en Israel ni su intransigencia, que está siendo visible aunque artificialmente

□ □

rota por la voluntad decidida de Bush. El mayor obstáculo hacia el tratamiento conjunto de los problemas radica en la persistente tendencia del mundo árabe hacia la fragmentación y el individualismo. Quizá no sea mucho, por el momento, lo que el mundo árabe pueda conseguir. Pero eso, y quizá algo más, lo obtendría, incluso de Israel, si presentara un frente unido que por su magnitud y su coherencia impusiera respeto a los mismos americanos. Mientras los sirios, con su conducta, desautoricen a los palestinos, y mientras la OLP no deponga clara y formalmente sus armas y reconozca el derecho a la existencia israelí, estarán dando, a Shamir y a sus amigos, contundentes argumentos. Es imprescindible que la geografía de los «territorios» se halle presente desde el primer momento en las mesas de negociación. Pero no para «canjearlos» por la paz, sino para apoyar en ellos y en la buena voluntad, un porvenir más razonable.

TAL como nos es posible ver las cosas desde una esperanza que constantemente se empaña de escepticismo, a lo largo del próximo año se pondrá en marcha una serie de reuniones de trabajo poco relevantes para el interés público, en las que —aunque sea de mala gana por parte israelí— se determinarán algunas particularidades relativas a la viabilidad experimental de autogobierno de la Cisjordania y la franja de Gaza. Es posible, asimismo, que con alguna mediación (¿Egipto?) se llegue a poner sobre el tapete la posibilidad de custodia internacional de los Altos del Golan y de la «franja de seguridad» en el Líbano.

Más: ¿habrá suficiente calma para hablar de la situación de Jerusalén? ¿Se frenarán los asentamientos para el millón de judíos soviéticos que desde Italia esperan el momento de volver a la Tierra Prometida? ¿Se hablará en algún foro de la perentoria necesidad de regular la escasa agua potable de la zona? ¿Se avendrán los grupos radicales tanto judíos como árabes a tranquilizar el ambiente frenando el terrorismo? Todo se difumina en una espesa niebla de incógnitas llenas de futuro y de pasiones no superadas.

No es demasiado difícil reconstruir la dinámica en la que la Conferencia de Madrid ha sido posible. Tras la Guerra del Golfo, Bush necesitaba imperiosamente acreditarse como

amigo o, al menos, no enemigo de los árabes, porque el petróleo del Oriente Medio sigue siendo vital al desarrollo de Occidente y no debe dejarse incontroladamente en «manos irresponsables».

De ahí la promesa de reunir una Conferencia General para la Paz de la zona, con la celeridad (¿precipitación?...) suficiente como para que no se generen nuevos conflictos antes de que el presidente americano pueda ser reelegido en las elecciones de noviembre del 92. Si, como parece probable, continúa en el cargo para otros cuatro años, es muy posible que asistamos a oportunistas matices proárabes o projudíos de la política americana, siempre con el objetivo de reconstruir el equilibrio en el control occidental del Oriente Medio, gravemente alterado por el hundimiento de la URSS y su clientelismo. Pero —hoy por hoy— no es fácil henchir el pecho con la satisfacción de ver el problema del Oriente Medio en franco trámite de resolución.

ANTE esta luz, que no carece de matices de «política ficción», lo que sí parece claro es que la Conferencia de Madrid ha sido un mero pórtico de entrada. Esta restricción no desmerece la singularidad del histórico momento. Pero ya nuestros lectores se habrán preguntado a primeros de diciembre qué es lo que ha quedado de las intensas emociones de hace un mes, y si el esfuerzo generosamente realizado por España para posibilitar la materialización de la Conferencia, habrá servido efectivamente para la paz. No lo descartemos, pero seamos conscientes de que en cualquier caso hay que esperar. Árabes y judíos, que son los pueblos maridados por la historia, han de convivir en paz o en guerra. Y la guerra acaba por hastiar a los más pugnaces. Algún día, sin atreverse a levantar mucho los ojos para no perder la cara, todos habrán de buscar ansiosamente la paz.